

Manuel Ponce

Una isla que no aparece en los mapas

Todos sabemos que el desconocimiento y el olvido —deliberado o no— que los contemporáneos arrojan sobre una obra importante son el mejor homenaje que aquéllos pueden rendirle a lo que, tarde o temprano, saldrá inexorablemente a flote. El tiempo no perdona a los que escamotean provisionalmente la obra ajena y mucho menos al poeta que intentó para su obra un destino arrinconado. Para nadie habrá perdón. Y menos para los autores y los editores —paradoja— que miran en el monopolio de diarios y revistas la conquista de una posición “rentable”.

Y la obra de Manuel Ponce no podía ser la excepción, pues la suya es una obra que ha venido creciendo despaciosamente, como un árbol que sabe dónde y para quién crece, lejos de la “diáspora máxima” mexicana, que consagra o condena —temporalmente— a todo lo que crece fuera de sus dominios: “Voy a gusto —descuidadme, señores— en la rueda del mundo”.

Manuel Ponce tenía que faltar, por lo tanto, en “Poesía en movimiento” que, no obstante, se sigue considerando como la antología más representativa

de la poesía mexicana contemporánea, cuya primera edición apareció en 1966, esto es, 15 años después que se publicó “El jardín increíble”, uno de los más bellos e inquietantes libros de poemas publicados en México en los últimos 27 años.

Pero no todo ha sido silencio, sin embargo. Sé que algunos se han ocupado ya de la obra de este poeta michoacano y entre ellos se encuentran Alfonso Méndez Plancarte, Carlos González Salas y Gabriel Zaid (cuyo ensayo lamento no tener a la mano). Manuel Ponce nació el 19 de febrero de 1913, en Morelia, Mich. Ha publicado: “Ciclo de vírgenes”, Abside, México, 1940; “Quadragenario y Segunda Pasión”, Abside, México, 1942; “Misterios para cantar bajo los álamos”, Abside, 1944; “El jardín increíble”, ed. Jus, México, 1950; “Cristo y María (dos recitales)”, ed. Jus, México, 1954 y “Elegías y Teofanías”, ed. Jus, México, 1963.

Su obra lo revela como el gran poeta renovador de la poesía mística, como creador de nuevos recursos formales, a los que incorpora las razones de forma y las razones testimoniales en

un lucidísimo equilibrio. El “Romance a lo divino” es, quizás, el más hermoso y transparente poema de amor que se ha escrito en nuestro país; un poema amoroso que escribiría Juan de Yepes si hubiera vivido en nuestros días. “La siesta de la rosa”, “Carpe diem” y “Teoría de lo efímero” son tres sonetos que yo no dudaría en colocar entre los más bellos del idioma.

Se ha dicho que en su obra se hallan claras resonancias de Góngora, Valéry y Mallarmé. . . Que su obra es conceptuosa y conceptista. . . Son sus poemas construcciones levantadas con finísimas láminas en cuyos filos brilla la inteligencia, las frases coloquiales que pasan entre ellas sin cortarse, comunes objetos de uso fundidos con la misma luz y un sentido del humor que llega a los oídos sin hacer sangre. Posiblemente esta selección de sus poemas no sea tan representativa de su obra. Y no me importa. Es representación de mi preferencia y admiración hacia una obra sin paralelo en todo el panorama de la poesía mexicana contemporánea.

Guillermo Fernández



DE EL JARDIN INCREIBLE

¡AY, MUERTE MAS FLORIDA!

1

Nos ha traído una lengua lejana
a este puro silencio de bosque partido,
en el canto de ayer que se delata en nido,
en este silente nido que cantará mañana.

Callamos por la luz que se rebana,
por la hoja que se ha distraído
y cae. Yo estoy herido
de muerte, una muerte venial y liviana.

Cuelga en la luz, cuelga en la rama vencida,
en cuevas perfumadas se despeña,
y en dondequiera pienso y amo, me provoca.

¡Ay, ninfa descarnada! ¡Ay, muerte más florida!
Se prende una rosa, se prende una tarde pequeña
en el risueño plantel de su boca.

2

Entre dos continentes amarillos
y una marcha de perlas hacia dentro,
asomaba su prístina palabra
como semilla de su limpio mundo.

De sus labios colgaban los jardines,
gozosos de su alegre despedida,
y envueltos en su túnica sonora,
desflecaba los iris de su lengua.

¡Oh muerte, paraíso doloroso,
en tu mercadería de perfumes
anda luzbel de simple mariposa!

Pero en tus sienes, que las horas hacen
urna depositaria de sus mieles,
no tejeré ni una sola frase.

3

Después, cuando la sangre se gloríe
de haber ensortijado fieramente
millares de kilómetros febriles
en el pequeño huso de la estatua

y, rito silencioso del olvido,
trace por último su atenta firma,
para la identidad de la materia,
botín de pajarillos seculares:

reducirás a polvo el argumento
que tuve para hollar con pies altivos
los dorados insectos de la tierra.

Pero mientras ocurren los narcisos
a cegarme la fuente de los sueños,
tu enigma es floreciente margarita.

CARPE DIEM

Antes de que la vida se consuma
sumando en islas de verdor los años,
contad uno por uno sus engaños:
porque el tiempo nomás es una suma.

Antes de que la rosa infiel asuma
descoloridos síntomas extraños,
lo efímero gozad de sus engaños:
porque la rosa es nada más espuma.

Gozad el curso de la edad ligera:
porque la juventud es una ola
que nos induce a la glacial ribera.

Y antes de que marchite su corola,
con risas acatad la primavera:
porque la primavera es una y sola.

CUNA Y SEPULCRO EN UN BOTON HALLARON

Lleno de soledad y aburrimiento,
procuro consolarme con tu vista
y toma el sueño su segura pista,
acostumbrado a cabalgar el viento.

No precisa ningún descubrimiento
para correr en pos de tu conquista:
bástame al intentarlo que me asista
un ligero temblor del pensamiento.

Surco entonces etapas de rocío,
iluminadas a uno y otro bando
por soles raros de calor y frío.

Y cuando estoy los límites tocando,
imperceptiblemente me desvío
y me hallo solo, triste y meditando.

A UNA BONDAD RELATIVA

Yo bendigo al Señor porque te hizo
aproximadamente dulce y bella:
en cuanto pudo te acercó a la estrella
para que recibieras su bautizo.

Yo bendigo al Señor por el hechizo
que recatadamente se destella
de tu barro mortal, por esa huella
de eternidad sobre tu ser huidizo.

Y lo bendigo con la certidumbre
de que tu gracia es nada más probable,
amenazada de inminente herrumbre.

Y aunque carezca de razón tu hechizo,
sólo por un imperativo amable,
yo bendigo al Señor porque te hizo.

ROMANCE A LO DIVINO

Con el libro en la mano
Te amo.

Con las hojas abiertas
Te amo.

Y los ojos cerrados
Te amo.

Con el sol del quinqué
Te amo.

Y el bosque de la radio
Te amo.

Me sabes a pacíficas
tormentas.

A palomas en fórmulas
abstractas.

¡Te amo en superficies
tan hondas!

En láminas tan finas
de sangre.

Amador de oficina,
Te amo.

Marino de agua dulce,
Te amo.

Continental y náufrago,
Te amo.



LA SIESTA DE LA ROSA

¡Pobre de mí, que sé lo que es la rosa,
éxtasis en los páramos del día:
lo que es la llama, pero llama fría,
lo que más huye cuanto más se acosa!

Siempre que surjan vidas de la fosa
y se repueble la melancolía
de nuevos ángeles de poesía,
la rosa es la culpable, por hermosa.

Todo en la vida es rosa, ser extraño
que no parece que nos hace daño
y toca en lo más hondo de la llaga.

Todo en la vida es rosa, si es dudosa,
hasta la muerte cuando nos amaga:
sólo la rosa no es mentira, es rosa.

SOLO POR LA CALLE DE CIPRESES

Si fueras alargando en lo posible
la misma cosa con el mismo nombre
a través de una lluvia interminable:
¡oh, qué triste!

Hay que ver esa mano cadenciosa
ubicada en los viejos camposantos
con que tejen los niños sus visiones:
¡oh, qué triste!

Si hubieras aprendido de memoria
el oficio risueño de la espuma
que se rompe con gracia la cabeza:
¡oh, qué triste!

Y vieras los confines de la muerte
y sus grises telones de corista
donde pone su nota delicada:
¡oh, qué triste!

Es toda la verdad que se adivina
y la profundidad que no se toca,
para que te desmayes dulcemente:

...

UN POEMA LEJANO

Más allá
donde
la luz naufraga en lánguidas violetas

y el caracol donde agoniza
un amaneramiento de violines

mi corazón a veces
donde se duerme cada noche la avellana
fatigada de ser escarabajo

la dimensión risueña
para caer en blandos precipicios

mi corazón a veces
cuando
nunca.

FABULA DE EURIDICE Y ORFEO

(Fábula: Dejando oír los encantados sonos de su lira,
Orfeo se queja a las crueles deidades por la desastrada
muerte de la joven Euridice, su prometida, y su canto
resuena a orillas del mar).

Invocación a Neptuno

Oye, pastor de ovejas espumosas,
que apacientas el cándido rebaño
sobre el movable paño
de prados y colinas ondulosas,
donde una vez las rosas
de Venus fueron cráteres de estaño
de cuya dulce lava
bebió el mar y la tierra se hizo esclava.

Patricio dios del agua en primavera,
flor de sal y ruidos
que jóvenes atlántidas, ceñidos
coros enlazan a tu sien playera,
y al iniciar la era
de nácar fiel en armoniosos nidos,
rondas son tan fugaces que es de verlas
cuál se desuncen desatadas perlas.

Cubos de sol, tu infatigable noria
hinche las velas de gaseosos trenes
y vuela evaporada de tus sienes
la dádiva otoñal, si transitoria,
y en el ir y venir tantos vaivenes,
de arrugas se te graba la memoria,
desde los siglos de troyanas naves
hasta el asedio de ferradas aves.



Arquitecto de líricas urdimbres
que en laberinto de coral sedeo
anticipado sueño
dio surrealista de preclaros timbres,
ya tus nereidas en lechosos mimbres
te hagan carroza, ya delfín empeño:
oye la historia fiel de mi quebranto
y enjuga las raíces de mi llanto.

VIAJE Y MUERTE

(Fábula: Ya dispuestas las bodas, la ninfa Eurídice, que se recreaba en lo espeso de una selva a orillas del río Hebroo, había tenido la desgracia de pisar un áspid en la frondosa hierba de aquellas riberas oculto, el cual mordéndola en un talón hubo de causarle la muerte).

Iba del año la gitana ropa
cubriendo en estampillas de colores
lentas planicies, núbiles alcores
que, ya quebrada copa,
resbalaban al valle sus licores
de saltarina tropa,
zarcillos y marinas aguas frías,
cierto más falsas en las joyerías.

Cuna de viajes, mecedor asfalto,
desarrollábase la gran manguera
suelta por los jardines. El cobalto
del cielo daba un marinero salto
y estaba la mañana mañanera
concertando una liga
de oro y cabellera
en la que al sol miraba, dulce amiga.

Atrás quedaba la ciudad envuelta
en ovillos flotantes de neblina,
la unidad campesina
con sus rebaños en escarcha suelta,
los bosques olorosos a resina
en ordenada fuga y marcha esbelta:
todo incidiendo, luz, cristal y rosa
a las suaves instancias de su fosa.

Vientos del sur cortaba tan de prisa,
que del cielo volantes telegramas
nos daban parabienes con escamas
muertas en el cristal del parabrisa,
epitafios en breves anagramas
que helaban la sonrisa
del amor. Más tan minúsculos pesares
ahogaban los tules y azahares.

El sol alto, la tierra descendía
de su trono y coronas perfumadas
hacia una vasta soledad por gradas
de asfixia, melancólica teoría
de zonas inclinadas,
por cuya rampa casi se diría
íbamos en descenso comfortable
resbalando al abismo por un cable.

Hay un verde paréntesis a orillas
de aquella larga sogá
que corrediza con sopor ahoga:
nudo de arquitectónicas semillas,
cactus de orfebre, como en sinagoga
de piedras en barrocas maravillas
y colonial enjambre
de casas blancas bajo azul estambre.

En este, pues, intenso paraíso
y forastero emporio
nuestra fortuna quiso
darnos un refrigerio transitorio,
y tanto, que fue apenas lo preciso
para que el hado cruel y perentorio
ordenara el acaso que debía
herir la planta de la dicha mía.

Acechaba aquel áspid breve y fiero
en mitad del camino,
arrojando su brillo diamantino
de la acerada lengua, y este acero
era invisible espino
limado con esmero,
pero sin una rosa,
clavo para inminente mariposa.

Tocábamos un aria triste y suave
y el viento era la clave,
se conjugaba el viento y la emisora
en la urna sonora,
y era el ala de un ave
posada en las antenas de la prora
veloz. . . Y lo demás fue una
estridencia
donde la muerte puso violencia.

Allí quedó su forma nivelada
en su justo dominio de azucena,
intocable y ajena,
a su pura belleza confinada,
definitivamente rescatada
a devenires de infijable arena
y al sol que arrastra lucientes ruinas
en un vapor de violetas finas.

(Fábula: Orfeo decide bajar a los infiernos para rescatar a Eurídice, gracia que le es concedida por Plutón, pero con esta reserva: irrevocablemente la perdería si antes de sacarla del Averno volviese sus ojos a mirarla).

NARCOANALISIS

Mis ojos eran parte de una fuente
hecha toda de láminas tranquilas,
psicastenia de amor y amor vidente
que mira cielos insistentemente,
nubes doradas, árboles en filas
entre la dualidad de las pupilas,
pero con un atardecer presunto,
porque no forman ángulo en un punto.

Aquello vino a mí como el olvido,
vino como el descenso,
como fiebre que agita un pulso denso
y vierte luego su licor florido
sobre el olvido de un vergel ardido:
vino hacia mí como el olvido inmenso,
y reproduje una ciudad amente
muy semejante, pero inversamente.

Ese sol no era sol, ni diamantina
rueda de Apolo en celos,
ni acaso espectro animador de cielos,
cuando por valles de alcanfor patina;
el sol era una lupa en la neblina
y un lobo de los hielos
por un lúcido estrado
arrastrando su imperio desolado.

Extendido a lo largo de la plancha,
me iluminaba un surtidor de fuego
cuyo pulpo se ensancha
con tan amante apego,
que no veía más que fuego ciego,
puro juego de luz en lisa cancha,
cruzada por intercambiable coche,
un riel de día y otro riel de noche.

Luego escuchaba una espiral de lira
sujeta en parte a su laurel sonoro,
y en el ápice dulce en que suspira
cayendo en flecos de oro
se desenvuelve y gira,
originando un movimiento en coro
de vírgenes fragantes,
dispuestas para ello desde antes.

Sólo una nota se quedó en la pauta
al parecer sin que ninguna flauta
interpretar pudiera su sonido,
pero bajó ella sola de su nido
como serpiente cauta
y vino resbalando hasta el oído
donde, según entiendo,
desintegró sus átomos de estruendo.

Era una muerte dulce y especiosa,
ligera como un halo en la mañana,
no era color de llama ni de rosa,
no era color de cosa
ni de apariencia humana;
era una muerte hermana
de la mañana pura y de la noche
que me llevaba en un inverso coche.



Desenvolví mi silencioso viaje
todo entre mares tiernos,
surcando con mi tren de aterrizaje
otros mares internos,
cada vez más cercano a los infiernos
donde, sirtes del alma sin ultraje,
dormían melancólicas vivencias
en su lecho de blandas inconsciencias.

Vino una sombra. Paz de una alameda;
graves olmos en verde compostura
y artificial disposición tan leda,
que despide de sí cada figura
el preciso buril que la remeda
en subpaisajes de una imagen pura:
casi en una perfecta concordancia
de dibujos, sonidos y fragancia.

Vino una sombra. Cruz de aeroplano,
cuya sombra veloz se amolda al suelo,
cuando no está perfectamente plano;
y mientras una va en tranquilo vuelo,
ella con un esfuerzo sobrehumano
va destrozando su reptil anhelo
y pese a su carrera,
no despega ni un ápice siquiera.

Ya las aves del último cuadrante
volaban a su nido más enhiesto,
ya tocaba mi sueño más distante
una vigilia por el lado opuesto,
y el claror de la luna en el menguante
agonizaba en su dintel funesto;
cuando de lejos vino aquella sombra,
que por dulce y amada no se nombra.

(Fábula: Orfeo encuentra en los infiernos la sombra
de Eurídice y arrastrado por su indiscreta pasión,
quiere abrazarla y verla, para desdicha suya. . .)

HABLA ORFEO MODERNO

Déjame que te bese amargamente
con los labios del mar que yo me invento,
y con su música de seda el viento
te deslice los ojos y la frente.

La rosa quiere con rosado intento
iluminarte con su beso ardiente,
el sol busca en tus ojos un oriente
y en su esmeralda un verde firmamento.

Que te bese la tierra, el mar, el día
por mi boca que no te besaría,
por mi boca que nunca te ha besado.

Yo te beso muy hondo, en el abismo
del ser y del no ser, donde yo mismo
no sé si existes o si te he soñado.

(Fábula: . . . porque al punto fue de nuevo arrebatada,
y para siempre, a la mansión de los muertos).

RESPONDE EURIDICE ETERNA

Déjame en la penumbra de mi cielo,
en mi dichoso olvido inacabable,
navegar a merced de lo improbable
en tanto boga mi bajel desvelo.

No quieras, no, romper el duro hielo
que suspendió mi sangre transitable,
ni el lirio de la muerte inmarchitable
quieras plantar en imposible suelo.

Déjame, en fin, seguir mi muerte oscura,
para extraer de tu inefable canto
la vida que me niega la ventura.

Y no alteres la ley de mi quebranto,
porque siendo razón de tu amargura,
yo viviré mientras te dure el llanto.

DE ELEGÍAS Y TEOFANÍAS

Elegía I

Miro por flores, por virtudes,
como quien mira
por vez primera el mundo.

Subo por los azules
témpanos de la noche,
que prende cirios, astros,
en la celebración de sus misterios.

Oigo por el tumulto
de llantos, gritos, quejas,
que guarda el caracol en sus audífonos.

Y vuelvo a ver la llama
y vuelvo a oír el viento;
porque yo mismo soy la llama
que se prolonga por el viento
y el mismo viento apaga.

Elegía III

Me buscaba en el sol innumerable,
repartido en abejas y jardines.

Me buscaba en las cimas congeladas
donde aletean las ideas puras.

Me buscaba en las selvas lujuriantes,
abandonadas a su fantasía.

Me buscaba en los áridos esquemas
que se resuelven melodiosamente.

Me buscaba en las místicas ciudades
que fertilizan los sagrados ríos.

Me buscaba en la noche de mil ojos
que nos miran por miles de orificios.

Me buscaba en los límites del tiempo
y en las extremidades del espacio.

Pero me halló colgado en una pica;
ciego, pisando el aire como un ciego.

La vela

Una vela
en la ola
se revela
sola.

¡Hola!

Vela. Ola.
¡Oh, la vela!
Vé la ola
o la vela.

Teofanía última

La mujer de rosadas explosiones
oprime con sus luces níqueladas
la cabeza infernal de la serpiente.
Hazme llegar al pie de la montaña.

El pez de dimensiones colosales,
descorchando sus símbolos de agua,
en la playa vomita su profeta.
Tocar el muro de jubilaciones.

Resonaban las tiorbas inauditas.
Deslumbraba la zarza crepitante.

Y sobre los angélicos fragores,
alzarme con la flor de mis cenizas.